

Ezequiel 37:1-14

Sermón Ezequiel 37:1-14 Pentecostés 2015

La mano de Jehová vino sobre mí, me llevó en el espíritu de Jehová y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasar cerca de ellos, a su alrededor, y vi que eran muchísimos sobre la faz del campo y, por cierto, secos en gran manera. Y me dijo: —Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Yo le respondí: —Señor, Jehová, tú lo sabes. Me dijo entonces: —Profetiza sobre estos huesos, y diles: “¡Huesos secos, oíd palabra de Jehová! Así ha dicho Jehová, el Señor, a estos huesos: Yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Pondré tendones en vosotros, haré que la carne suba sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré en vosotros espíritu, y viviréis. Y sabréis que yo soy Jehová Profeticé, pues, como me fue mandado; y mientras yo profetizaba se oyó un estruendo, hubo un temblor ¡y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso! Yo miré, y los tendones sobre ellos, y subió la carne y quedaron cubiertos por la piel; pero no había en ellos espíritu. Me dijo: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu que así ha dicho Jehová, el Señor: “ ¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán! ”»». Profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron y se pusieron en pie. ¡Era un ejército grande en extremo! Luego me dijo: «Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. Ellos dicen: “Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos! ”. Por tanto, profetiza, y diles que así ha dicho Jehová, el Señor: Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío; os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová». (*Ezekiel 37:1-14*)

¡Feliz cumpleaños, iglesia cristiana! Muchos consideran la fiesta de Pentecostés, cuando Jesús derramó el Espíritu Santo sobre sus discípulos, Pedro predicó un poderoso sermón de testimonio al Señor resucitado, y 3000 personas fueron bautizadas en la fe en Cristo, como el cumpleaños de la iglesia cristiana. El Pentecostés es algo que vale la pena recordar y celebrar. El Espíritu Santo es realmente el que llama, congrega, ilumina y

santifica a toda la cristiandad en la tierra y la guarda en la única verdadera fe, como dice Lutero en su Catecismo.

Los primeros días de la iglesia fueron excitantes, con un crecimiento vertiginoso. Pero no todos los tiempos de la iglesia han sido tan animadores. Muchas veces parece que las fuerzas del mal y la incredulidad se fortalecen y la iglesia parece estar a punto de desaparecer. Cuando lleguen esos momentos de tentación, debemos recordar que el Espíritu que Dios derramó en Pentecostés no nos ha dejado, y con su poder obrando a través del evangelio los escogidos de Dios serán preservados en la fe y gozarán al final la gloria celestial.

Nuestro texto presenta un momento de desánimo para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Los exilados en Babilonia habían mantenido una falsa esperanza de un fin rápido del exilio en Babilonia mientras todavía no había sido conquistado y destruido Jerusalén, pero ahora que Jerusalén había caído y sido quemado, muchos no veían cómo se podrían cumplir las promesas que Ezequiel hizo acerca de una liberación del exilio y un regreso a la tierra prometida. Las circunstancias parecían demasiado deprimentes. ¿Cómo podrían ser librados del poder del ejército más poderoso que había en el mundo? O como ellos lo expresaron: *“Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos!”*.

Para responder a este desánimo de parte del pueblo, y llamarlos otra vez a la confianza en el poder y la voluntad del Señor para cumplir sus promesas, Dios recalcó el mensaje con esta extraña visión que mostró a su profeta, Ezequiel. *“La mano de Jehová vino sobre mí, me llevó en el espíritu de Jehová y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos”*. Allí fue conducido por todo el valle para impresionarlo con el macabro espectáculo. Dice que *“eran muchísimos sobre la faz del campo y, por cierto, secos en gran manera”*. Todo el campo estaba lleno no ya de esqueletos, sino de huesos separados unos de otros. No quedaba residuo de carne. Eran todos “secos en gran manera”. ¿Cómo le habrá impresionado lo desolado de toda esa escena!

Pero luego sucede una pregunta sorprendente para interrumpir sus pensamientos. *“Me dijo: —Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?”*. El sentido claramente es: “¿Podrán revivir estos huesos?” Cualquiera que consultara sólo la experiencia y la razón humana tendría que responder que no. ¿Cómo podrían esos huesos secos y sin vida esparcidos sobre el campo jamás

volver a vivir? Pero el profeta sabía que estaba en presencia del Dios todopoderoso, que fue él que le hizo esa pregunta. Así que sabiamente remite la pregunta otra vez a Dios. “*Yo le respondí: —Señor, Jehová, tú lo sabes*”. Para Ezequiel o para cualquier ser humano, sería imposible. Nadie podría hacer que esos huesos volvieran a formar parte de un cuerpo viviente, es decir, nadie sino el Creador que los había dado vida en primer lugar.

Luego hay otra comunicación sorprendente. Esta vez es un mandato, pero otra vez un mandato que contradice todo el sentido común humano. Dios le dice: “*Profetiza sobre estos huesos, y diles: “ ¡Huesos secos, oíd palabra de Jehová!*” El profeta sería más que sólo un espectador mudo de lo que Dios iba a hacer con esos huesos. Sería realmente un profeta, el portavoz de Dios, el que pronunciaría las palabras de Dios que llevan toda la autoridad y poder del Dios todopoderoso.

Pero aun así, ¿no parece una insensatez? ¿Qué poder de audición tienen esos huesos secos para que hable sobre ellos? ¿Cómo podrían responder y obedecer esos huesos sin vida? Sin embargo, debe mandar a esos huesos a oír la palabra del Señor. “*Así ha dicho Jehová, el Señor, a estos huesos: Yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Pondré tendones en vosotros, haré que la carne suba sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré en vosotros espíritu, y viviréis. Y sabréis que yo soy Jehová*”.

Si Ezequiel tuvo sus dudas, no las expresó. Más bien obedeció la voz del Señor y profetizó a esos huesos inertes. *Profeticé, pues, como me fue mandado; y mientras yo profetizaba se oyó un estruendo, hubo un temblor ¡y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso! Yo miré, y los tendones sobre ellos, y subió la carne y quedaron cubiertos por la piel.* Habla la palabra de Dios, la misma palabra que dijo “sea la luz”, y fue la luz. El hecho de que Dios aquí usa la voz de un hombre no quita nada del poder de su palabra. Cuando el profeta habla, comienza un ruido, el ruido bajo como lo que se oye en un terremoto, cuando cada hueso se movía y formaba contacto con el hueso correspondiente cuando formaba parte de un cuerpo vivo. Se formaron esqueletos.

Luego el profeta vio que se cubrieron de tendones, y luego piel, de modo que en vez de un campo de huesos esparcidos se vio un campo lleno de cadáveres con su carne. ¡Tanto era el poder de la palabra que el Señor le había mandado hablar!

Aun así, la obra se quedó todavía sólo medio hecha. *“Pero no había en ellos espíritu”*. Eran todavía cadáveres; no respiraban, no había vida. Faltaba todavía el aliento de vida como Dios lo había soplado en Adán en la creación para convertirlo en un ser viviente. *“Me dijo: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu que así ha dicho Jehová, el Señor: "¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán!"»”*

Otra vez Ezequiel obedece, y otra vez sucede algo insólito. *“Profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron y se pusieron en pie. ¡Era un ejército grande en extremo!”*. Ya no eran cadáveres sin vida. Con el sople del Espíritu de Dios, esos cuerpos sin vida se hacen vivos, se levantan, y el valle está lleno de un gran ejército de hombres vivos.

Así fue la visión, extraña e impresionante. ¿Pero qué significa? Ezequiel no tuvo que especular. Dios mismo le reveló lo que estaba indicando con esta visión. *“Luego me dijo: «Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. Ellos dicen: “Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos!” ¿Puede este pueblo volver a vivir? ¿Pueden ser librados de su cautiverio y devueltos a su patria para esperar el cumplimiento de las promesas aun mayores de su Dios de un Salvador que vendría de entre su pueblo? Pueden tener los huesos secos. De hecho todos los hombres por naturaleza son muertos en delitos y pecados, ciegos y sordos espiritualmente. Pero no importa. Igual como la palabra revivió a esos huesos secos en el valle, Dios puede restaurar a su pueblo mediante su poderosa palabra y su Espíritu que acompaña esa palabra. “Por tanto, profetiza, y diles que así ha dicho Jehová, el Señor: Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío; os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío”*.

Con Dios nada hay imposible. El antiguo Israel necesitaba aprender esto, y confiar en la palabra fiel del Señor. Nosotros también podemos tener la misma confianza en los momentos que parecen desalentadores hoy. De hecho, tenemos la misma herramienta que tenía Ezequiel, la palabra todopoderosa del Señor, que el Señor es perfectamente capaz de usar por el poder de su Espíritu para despertar a personas muertas en delitos y pecados a nueva vida espiritual, y finalmente a preservarnos hasta el fin y despertar aun nuestros cuerpos del sepulcro para que con cuerpo y alma sigamos adorando a nuestro Dios por toda la eternidad. *“Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os*

estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová». El mismo Espíritu que descendió sobre los discípulos en el Pentecostés sigue activo por medio de su palabra hoy. “Y en el postrer día me resucitará a mí y a todos los muertos y me dará en Cristo, juntamente con todos los creyentes, la vida eterna. Esto es ciertamente la verdad. Amén.